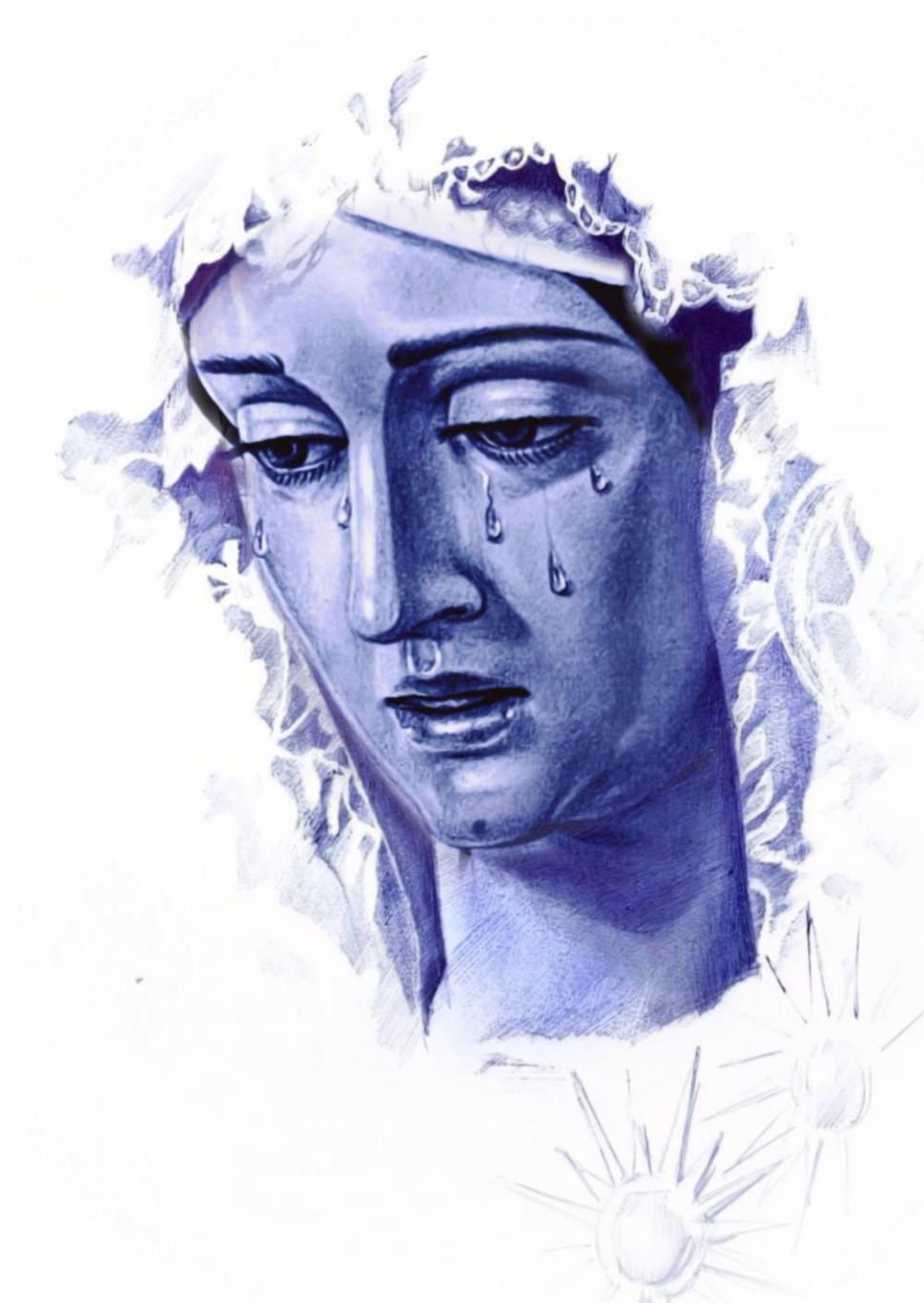


EXALTACIÓN A MARÍA SANTISÍMA DE LA ESTRELLA



REINA DE SANTIAGO, LUZ DE LA LÍNEA

Brilla en La Línea una Estrella,
Reina y Madre del consuelo,
un lucero azul del cielo
que nos guía con su destello.

Es Santiago su morada,
su refugio, su alegría,
donde canta noche y día
su pueblo en cada alborada.

Madre Santa, Dulce Estrella,
flor bendita de este suelo,
en tu manto azul y bello
La Línea entera se sella.

Cuando asomas a tu gente,
cuando cruzas cada esquina,
todo un barrio se ilumina,
todo un pueblo se estremece.

Las campanas ya resuenan,
los tambores marcan vida,
y una marcha estremecida

que marcan el compás de tu andar
y el va y ven de tus bambalinas

Los devotos que te esperan,
los que en tu mirada encuentran
esa luz que nunca mengua,
esa paz que nunca cesa.

Bendita seas, Estrella,
Madre y Reina soberana,
luz divina que en Santiago
resplandece en la mañana.

Tu mirada nos consuela,
tu sonrisa nos sosiega,
y en la angustia que doblega
tú nos llenas de luz nueva.

¡Viva la Virgen bendita,
Reina Santa de Santiago,
que ilumina con su faro
nuestras almas en pecado!

**Que tu nombre sea himno,
que tu rostro sea guía,
que en Santiago seas Reina,
que en La Línea seas vida.**

**Que en los mares de este mundo
donde todo es incertidumbre,
tu luz brille siempre intacta,
tu amor siempre nos alumbre.**

**Por los siglos de los siglos,
por La Línea y por su gente,
La Estrella De Santiago,
la luz de los creyentes.**

Reverendo Padre D. Juan Enrique Sánchez Moreno Director
Espiritual de esta venerable Hermandad.

Sr. Presidente del Consejo de Hermandades y Cofradías y
compañeros de la Permanente

Hermana Mayor y Junta de Gobierno de esta mi queridísima
Hermandad

Hermanos y Devotos todos de nuestra Señora, María Santísima
De la Estrella.

Hoy me presento ante vosotros, humilde y emocionado,
para cumplir un privilegio y un honor que jamás pensé alcanzar.
Ser la voz que proclama el amor y la devoción a nuestra madre,
la Reina de Santiago, la Virgen de la Estrella. ¡Qué
responsabilidad tan grande y qué emoción tan profunda!

Gracias a la Hermandad por confiar en este humilde
pregonero, que más que hablar, quiere abrir su corazón y
compartir con todos vosotros el sentimiento más puro y sincero
que un linense puede tener: el amor a nuestra Madre la virgen.

Corría el tiempo allá por el año 87, como el río que nunca
se detiene, y entre rezos y suspiros nació una devoción en el
barrio de Santiago. La Estrella, aquella que nos guía en las noches
oscuras, llegó a nuestras vidas para ser faro de esperanza y
consuelo. Su nombre, Estrella, evoca la luz que brilla en lo alto,
que nos muestra el camino en la oscuridad de nuestras angustias
y penas.

Dicen los mayores, con ese susurro de quienes guardan en su memoria las historias de nuestro pueblo, que la Virgen llegó a La Línea para quedarse. Que no fue casualidad, sino un destino escrito en el cielo, que esta madre celestial velara por sus hijos desde este rincón marinero, que la eligió como Reina y Señora.

Miradla, hermanos, con ese rostro sereno y dulce, con esa mirada que lo abarca todo y que todo lo comprende. Su manto azul, como el cielo de La Línea en primavera, y su corona de oro que reluce como el sol al amanecer. Sus manos, que acarician el aire, parecen decirnos: “Aquí estoy, hijos míos, no temáis, porque yo soy vuestra madre y siempre estaré a vuestro lado”.

¿Y qué decir de su nombre? Estrella, porque brilla en el firmamento de nuestra fe. Estrella, porque nos ilumina el camino cuando la vida se oscurece. Estrella, porque es el faro que nos guía al puerto seguro de su amor que es nada mas y nada menos que su hijo, el Señor de la Sagrada Flagelación.

**Hoy vengo a exaltar tu nombre,
Reina pura y celestial,
hoy mi voz será la brisa
que te quiere alabar.**

**Madre Santa, Madre eterna,
Madre del Dios Flagelado,**

qué honor decir tu grandeza,
qué dicha verte a mi lado.

Eres faro en la tormenta,
luz que en la sombra reluce,
Eres la Estrella que al alma
en su dolor reconduce.

Qué bendito es este día
en que mi voz quiere ser
oración entre tus labios,
rocío sobre tu piel.

Exaltar tu nombre, Madre,
es vestir de gloria el alma,
es sentir que el cielo mismo
se hace flor sobre tu estampa.

¿Cómo no hablar de tu llanto,
de tu amor, de tu agonía?
Si tras tu Hijo caminas
con infinita armonía.

**Eres la flor más hermosa,
eres el suspiro santo,
eres refugio y consuelo,
eres estrella y encanto.**

**Y hoy mi voz, Virgen bendita,
quiere en versos proclamar
que en tu mirada se esconde
todo el amor celestial.**

**Bendita seas, Señora,
bendita seas, Estrella,
bendita seas, mi Madre,
bendita seas, mi Reina.**

EN EL VIENTRE DE MI MADRE

Antes siquiera de abrir los ojos a este mundo, antes de pronunciar mi primer suspiro, ya sentía en mi alma la presencia de la Virgen de la Estrella. Desde el refugio cálido y seguro del vientre de mi madre, supe de su amor sin haber visto aún su rostro, sentí su amparo sin haber rozado aún sus manos.

Mi madre, que soñaba con su bendita imagen y que aquel año hizo estación de penitencia buscando luz y remedio para mi primo Agustín Jonás un angelito que vela por mi familia desde el cielo junto a todos los santos del cielo y que mecía su esperanza al compás de su devoción, y con cada latido, con cada movimiento, me acercaba, sin saberlo, al destino que ya estaba escrito en mi corazón. No era aún costalero, ni siquiera caminante, y sin embargo, ya era su hijo, ya era suyo.

Porque el amor a la virgen no se aprende ni se impone, se lleva en la sangre, se siente en el alma. Desde antes de nacer, sin palabras ni promesas, un lazo invisible nos unía, un pacto eterno sellado en el amor más puro. Y hoy, al mirarla, al caminar a su lado, sé que aquel primer encuentro, aquel instante sagrado en el que sin verla la amé, y aquí me tienes hoy a tu lado.

**Aún no había nacido,
y ya te sentía,
Virgen de la Estrella,
luz de mi vida.**

**En el cálido abrazo
del vientre materno,
tu nombre susurraba,
como un dulce verso.**

Latía mi corazón
al ritmo de un tambor,
mientras mi madre soñaba
con tu paso y tu amor.

Cada mecida suya,
un vaivén sagrado,
como si bajo tu manto
me hubieras arropado.

No veía tus ojos,
ni tus manos de cielo,
pero tu gracia, Señora,
sentía en mi anhelo.

Bendito el vientre
que me llevó contigo,
antes de ser costalero,
ya era tu hijo.

Y cuando alzaron tu paso,
yo flotaba en el sueño,
en un manto de estrellas,
en un divino empeño.

**Madre de la Estrella,
guía eterna y radiante,
tú eras mi faro,
mi guía constante.**

**Acompañarte, Reina,
en silencio profundo,
fue un pacto sin palabras,
más allá de este mundo.**

**Hoy, cuando te miro,
siento esa union,
desde antes de nacer,
fue amor y devoción.**

**Porque incluso sin verlo,
supe de tu bondad,
en el vientre de mi madre,
te amé para eternidad.**

Son muchos los momentos que he vivido en esta querida Hermandad. ¡Y algunos de ellos me han marcado en mi vida cofrade!

La figura de mi primo Álvaro fue fundamental en mis primeros pasos; su participación en el cortejo despertó en mí el deseo de formar parte activa de nuestra Hermandad. También Juan Montalba, Triana y Abel que fueron ellos los que llevaron a mi primo a la Hermandad, además recuerdo que los cumpleaños de mi primo algunas veces se celebraban en el garaje de Juan donde allí encontraba miles de fotografías del señor de la Flagelación y nuestra Señora de la Estrella además de la antigua mesa del paso de palio desmontada.

Con el tiempo, tuve el honor de integrarme en la cuadrilla del Señor de la Flagelación como costalero, compartiendo trabajaderas durante tres años junto a mi primo Jaime. Cada chicotá era una oración, cada levantá, una muestra de fe y entrega.

Años después, ante la necesidad de costaleros para el paso de palio, asumí con orgullo el privilegio de portar a Nuestra Señora de la Estrella durante cinco años. Bajo la dirección de capataces como Antonio Cuevas y luego Rafa Llamas, descubrí la dulzura y responsabilidad de llevar sobre mis hombros a nuestra Madre.

Una lesión cervical me apartó de las trabajaderas, pero no de mi compromiso. Pasé al cortejo de nazarenos, desempeñando

roles como pavoro del paso de palio y, en una ocasión, como diputado de tramo, siempre al servicio de nuestra Hermandad.

Las responsabilidades en la Junta de Gobierno de la Hermandad del Perdón limitaron mi participación activa en las estaciones de penitencia. Sin embargo, mi corazón nunca dejó de latir al compás de nuestros pasos, acompañando a nuestros Titulares en los momentos que me era posible.

Hace un año, sentí el llamado de Nuestra Santísima Virgen, quien, en su infinita bondad, me permitió acercarme más a Ella. Tuve el honor de sustituir a una gran persona, Marta Sánchez Rosado, a quien agradezco su apoyo y cariño incondicional en cada paso que he dado.

Hoy quiero agradecer y elevar una oración por todas esas personas que hicieron que me acercaran a los titulares de esta Hermandad Para que el señor los guarde porque a través de ellos tuve la suerte de conocerlos

A ti mi Señor Flagelado

**Sobre tu espalda, mi Cristo,
cayó el látigo del odio,
y en tu carne, con saña,
se escribió el cruel oprobio.**

Tus manos, que dieron vida,
hoy atadas y vencidas,
y en tu rostro la agonía
de quien calla y nos perdona.

Lágrimas de sangre corren
por tu frente malherida,
y en tus ojos el reflejo
de una pena sin medida.

Cada azote es mi pecado,
cada herida mi traición,
pero Tú, Señor divino,
nos entregas tu perdón.

En el patio de la infamia
te despojan de tu gloria,
mas tu cuerpo lacerado
resplandece en la victoria.

Porque en medio del tormento
sigues siendo el Rey supremo,
y en la soga que te ata
se anuda nuestro consuelo.

**Flagelado de La Línea,
Señor del Domingo Santo,
que el azote del pecado
no apague tu luz sagrada,
porque en cada llaga tuya
la esperanza está sembrada.**



Y a ti mi dulce Señora te doy mi humilde consuelo.....

No llores tu señora, no llores que somos tu consuelo

**No llores, Señora, no llores, Estrella,
que el alba más pura en tu pena destella.**

**Si el Hijo que amas, herido y vencido,
arrastra la cruz del dolor infinito,
su sangre es el río que limpia y redime,
su cuerpo, la ofrenda que al mundo redime.**

**Yo sé que tu pecho de espinas se llena,
que un llanto callado te quema y te quiebra.**

**Yo sé que sus llagas son tuyas, María,
que sientes en carne su cruel agonía.**

**Mas míralo, Madre, su amor no decae,
su rostro en la sombra aún brilla y no cae.**

**Él carga el pecado, Él carga la afrenta,
y aún en su boca la paz se sustenta.**

**No llores, Señora, que todo florece,
que en cada tormento su gloria amanece.**

**Que el látigo hiera, que el odio blasfeme,
tu Hijo es el Rey que nunca se pierde.**

**Y cuando la luna su luz le retire,
cuando en el madero su vida suspire,
tú serás la Estrella que al mundo ilumina,
consuelo y refugio de almas heridas.
No llores, Señora, que el alba resuena,
y al fin en su triunfo se acaba tu pena.**

Sin duda alguna uno de los grandes momentos vividos junto a ti, es la suerte, el regalo o el privilegio de ser la persona encargada de poder ataviarte, un regalazo sin duda que me hizo esta junta de gobierno y su anterior vestidora Marta Gutierrez Rosado a ellos mil gracias por confiarme esta gran responsabilidad que llevo con gran alegría y con muchísima ilusión

Cuando por primera vez me puse delante de Ti, Madre mía, mis manos temblaban y mi corazón latía con fuerza. No sabía cómo comenzar, cómo acercarme a tu belleza serena, cómo hacer justicia a ese rostro que ilumina nuestras almas como el firmamento en la noche más oscura.

Te miré, Virgen de la Estrella, y sentí que mis palabras se volvían pequeñas ante tu grandeza. ¿Cómo explicar lo que significa estar aquí, frente a Ti, teniendo el honor de vestirte con los velos de la pureza y las galas de la devoción?

Fue un momento sagrado, como si el tiempo se detuviera. Sentir el terciopelo de tu manto, cada joya que adornaba tu pecherín, llevaba consigo mis súplicas y mis agradecimientos. Porque no solo era un atuendo el que te entregaba, era mi vida misma, con sus penas y alegrías, con sus luces y sombras, la que ponía en tus manos.

Ese día comprendí que no se trataba solo de vestirte, sino de dialogar con tu silencio, de escuchar tus misterios y de entender que, aunque mis manos sean torpes, tú las guías para que cada pliegue, en cada blonda, sea una plegaria de amor.

Me diste la oportunidad de ser tu siervo, de honrarte con la humildad de quien sabe que, frente a Ti, todo es poco.

Desde entonces, cada vez que te miro y te veo resplandecer, siento que una parte de mí también va contigo.

Gracias, Señora, por permitirme estar a tu servicio, por concederme el privilegio de ataviarte, de acariciar con ternura el manto sagrado que te envuelve, de ser parte de esta historia que se escribe cada día en el corazón de los tuyos.

Hoy, ante Ti, reafirmo mi promesa de cuidarte con la devoción que solo un hijo puede tener por su Madre. Que cada

día, cada vez que me acerque a tu presencia, mis manos se conviertan en oraciones y mis acciones en una ofrenda de amor.

Virgen de la Estrella, madre y reina de nuestras vidas, permíteme ser siempre digno de estar ante Ti. Que cada vez que te vista, lo haga con el respeto y el cariño de quien sabe que sirve a la más hermosa Estrella que guía nuestros pasos en esta senda de fe.

A LA VIRGEN DE LA ESTRELLA

**Aquel día, Virgen pura,
que ante Ti yo me postraba,
mis manos temblor sentían,
mi alma en Ti se anclaba.**

**Con tu manto de ternura,
mi corazón arropabas,
y en cada encaje tuyo que tocaba,
mi amor por Ti derramaba.**

**No hay palabras que describan
lo que sentí al mirarte;
mi alma entera ofrecía,
cada vez que al verte iba a servirte.**

Tus ojos, lucero santo,
guían mi humilde labor,
y en cada pliegue de tu manto,
se enredó mi corazón.

Sentí que el cielo bajaba,
que entre mis manos tenía
la gracia y la luz que alumbra
las noches de mi agonía.

Vestirte fue más que un sueño,
fue rendir mi devoción,
fue en tus manos poner todo,
mi vida y mi corazón.

Desde entonces, Virgen bella,
guardo aquel día bendito,
cuando ante Ti me arrodillé
y en mis manos sentí el infinito.

Que siempre pueda servirte,
Estrella de mi esperanza,
y que en mi humilde tarea
tu amor sea mi bonanza.

Frente a Ti, Virgen bendita,
Reina y Madre del cielo,
se detuvo el universo,
y en mi pecho, el anhelo.

Santiago te corona,
como Estrella de su noche,
y yo, humilde servidor,
me acerqué a ser tu broche.

Mis manos temblorosas,
mis palabras casi mudas,
y en tus ojos, Virgen pura,
vi la paz, las mil ternuras.

Era un sueño, un privilegio,
vestir tu santo semblante,
honrar cada pliegue, Madre,
ser de ti también parte.

Cada joya que prendia,
cada encaje entre mis dedos,
era una oración de amor,
una ofrenda sin miedo.

No sabía cómo empezar,
ni cómo darte mi vida;
solo sabía que al mirarte,
eras faro y yo acudía.

Te sentí tan cercana,
tan divina y tan humana,
que mi corazón latía
como si fueran campanas

Quise darte lo mejor,
lo que nace del cariño,
ser instrumento en tus manos,
y a tus pies, un fiel niño.

Desde entonces, cada día,
al contemplarte, Virgen Santa,
rezo en cada pliegue
iluminado por tu mirada.

**Que mi amor sea mi estola,
mi devoción, mi bandera,
y que siempre, Estrella mía,
brilles como la primera.**

**Porque eres la Reina eterna,
la Estrella de Santiago, la Madre de
Todos los Hombres, la Madre del Señor
Flagelado.**

Descripción de la Belleza y Figura de la Virgen de la Estrella.

Bajo el fulgor de la primavera que despierta, entre el aroma embriagador de los lirios y el perfume eterno del azahar, se alza majestuosa la Virgen de la Estrella. Como un faro de esperanza en la noche del alma, su presencia ilumina corazones y su belleza resplandece en la devoción de un pueblo que la venera con amor inquebrantable.

En su rostro, la dulzura de una flor recién abierta; en su mirada, la calma serena de dos luceros que reflejan el cielo. Sus labios, como pétalos de rosa, guardan el misterio de la ternura infinita, y sus manos, cuna de amor y consuelo, acogen las súplicas de quienes en ella encuentran refugio.

Bajo su manto azul, que abraza el amanecer, se guarda el anhelo de generaciones que han depositado en ella su fe más sincera. Y en cada joya que la adorna, en cada rosario de nácar, en cada flor que el pueblo le entrega, se esconde el latido de un amor puro y eterno.

El incienso asciende en volutas de plegaria, los nardos le susurran versos de devoción y el viento, convertido en canto, proclama su gloria. Porque la tierra entera la aclama y Santiago la quiere, la Virgen de la Estrella sigue reinando, eterna y bendita, en el corazón de su pueblo.

**Entre lirios y azahares de plata y de nácar,
como un alba de pétalos puros y en calma,
reina en su trono de luna y de cielo
la Virgen bendita, la Estrella del pueblo.**

**Su rostro es un lirio de nieve y de seda,
un jazmín que en la brisa su aroma despliega.
Sus labios de rosa, dulzura infinita,
sus manos un nido de amor y caricia.**

**En su dulce mirada la noche se aquieta,
dos luceros de paz que el alma reflejan.
Y al alba su manto, azul como el día,
se extiende en la gloria de su armonía.**

**Tus joyas son lágrimas de amor sincero,
regalos del alma, reflejos del cielo.**

**Rosarios de nácar, devotas ofrendas,
cantos y flores que el pueblo te entrega.**

**Incienso y nardos le rinden sus versos,
suspiros del viento, plegarias del cielo.**

**Que cante la tierra, que el alma resuene,
¡oh Virgen Estrella, que el mundo te venera
y en Santiago se te quiere!**

En la penumbra de la espera, cuando aún la ciudad duerme soñando con el rumor de la primavera, hay hombres que se preparan para un compromiso sagrado. Son gente sencilla en el cual su corazón late con la luz de una Estrella. Son costaleros. Hombres de fe callada y espalda firme, que abrazan la madera con la misma devoción con la que abrazan la vida.

Bajo el paso de la Virgen de la Estrella no hay títulos ni distinciones, solo corazones entregados a una misión que trasciende lo humano. Son ellos quienes la alzan sobre sus hombros, quienes convierten el peso en oración y el sudor en ofrenda. Son ellos quienes, con cada chicotá, esculpen en el aire la belleza de la entrega, sin esperar más recompensa que el privilegio de sentirla cerca.

Desde el primer golpe del llamador hasta la última levantá, la cuadrilla se convierte en una sola alma. No hay cansancio que

detenga su camino, ni obstáculo que frene su voluntad. Porque saben que cada paso no es solo un avance en la calle, sino un latido en la historia de su Hermandad, un eco que resuena en los corazones de quienes esperan su llegada.

Y cuando la luna bañe de plata el manto de la Virgen, cuando la brisa de la madrugada acaricie los zancos del paso, cuando el Domingo de Ramos se vaya muriendo en los adoquines, ellos, los costaleros de la Estrella, sabrán que han cumplido su promesa. Que han sido pies y fuerza, aliento y vida, carne y fe de una Madre que camina entre su gente.

BAJO LA VIRGEN DE LA ESTRELLA

**Silencio... que suenan llamadores de fe,
que la gloria se despierta en los brazos del esfuerzo,
que en la sombra de la trabajadera
se forjan los lazos que el alma cose a fuego lento.**

**Sois costaleros de la Estrella,
hijos de una luz que nunca se apaga,
obreros de un amor que se alza al cielo
Y se recrea en su mirada
cuando el Domingo de Ramos nos llama.**

**Aquí, bajo estas maderas santas,
no hay nombres, no hay distancias,**

solo hay corazones latiendo al mismo son de una
marcha.

sangre que hierve con la primera levantá,
ojos cerrados y fe en cada chicotá.

Aquí, hermanos, se vive distinto,
se siente en la piel la entrega más pura,
se llora, se suda, se aprieta la vida,
se cargan pecados, dolores y heridas
y se dejan en los pies de María.

Cuando suena la marcha en jardines,
cuando los zancos besan la tierra,
cuando el capataz nos dice “¡vamos al cielo con Ella!”,
el alma se enreda en su manto,
y el cuerpo se funde con la madera.

Y cuando todo pesa, cuando falta el aliento,
cuando el sudor se mezcla con las lágrimas,
cuando las fuerzas dicen “basta”,
hay una mirada en el pecho,
una Estrella en lo alto,
y una Madre que nos grita:
“¡Hijos míos, seguid caminando!”

Porque no somos solo hombres,
somos la carne de su amor,
somos los pies de su divino andar,
somos los que sufren y callan,
los que empujan la gloria sin verla,
los que con cada chicotá
le rezan sin palabras.

Costalero de la Estrella,
que nunca te falte el orgullo
de saberte su cirineo,
que nunca se apague la llama
que prende en tu pecho sincero,
porque no hay carga más hermosa,
que llevar a Dios en el cuello.

Así que, cuando llegue la última llamada,
cuando el último paso se clave en el suelo,
cuando el sudor se mezcle con la luna
y el Domingo muera en nuestro recuerdo...
sabremos que fuimos felices
porque fuisteis sus costaleros.

Madre mía, Virgen de la Estrella, ¿cómo agradecerte todo lo que me has regalado? Cada instante vivido a tu lado ha sido un susurro de amor, un abrazo del cielo, un privilegio inmenso que jamás podré devolver con palabras. Has guiado mis pasos, has iluminado mis días y, en cada uno de mis silencios, has sido consuelo y esperanza.

Hoy, con el alma rendida a tus plantas, te doy gracias. Gracias por cada emoción, por cada lágrima contenida, por cada latido de fe que has encendido en mi pecho. Gracias por permitirme ser tu voz esta noche, por dejarme proclamar tu grandeza, por hacerme sentir tan cerca de Ti.

Pero esto no es un adiós, Madre, porque pronto volveré a Ti. Pronto mis manos, tan pequeñas y humildes, volverán a acariciar tu divino rostro, a ceñir sobre tus sienes la corona de Reina, a vestirme con la mejor de las galas para que el Domingo de Ramos resplandezcas como la Estrella que guía nuestro camino.

A quienes me han acompañado en este momento, a mi familia, a mis amigos, a esta Hermandad que tanto te quiere, gracias de corazón. Gracias por vuestro cariño, por vuestra presencia, por cada gesto de apoyo y por hacerme sentir que no camino solo en esta hermosa locura de amor a María.

Se abren las puertas, la gloria despierta,

y un río de incienso perfuma la senda.
La Línea te aguarda, Señora y Reina,
la Estrella más pura, la luz que nos vela.

Tus nazarenos, emocionados
te escoltan con fe, en fervorosa calma.
Son faros que guían la noche callada,
son llama encendida, promesa sagrada.

Y bajo tu paso, ¡qué buena cuadrilla!
Costaleros valientes que alzan tu vida,
con zancada firme, con fe infinita,
con la entrega noble del que nunca olvida.

La junta de gobierno que cuida tu casa y tus sueños,
con manos calladas, con fieles empeños,
hoy mira orgullosa cómo tu grandeza
se alza en el cielo y bendice esta tierra.

Y junto a ti, en su amarga agonía,
el Cristo Flagelado, dolor y agonía.
Su carne rasgada, su sangre vertida,
su amor que redime, su luz que ilumina.

¡Que tiemble La Línea, que el pueblo despierte!

**¡Que suene la marcha que el alma la siente!
Porque eres la Estrella, la flor de este suelo,
la Madre que guía nuestros anhelos.**

**Aquí me despido, mi voz se hace entrega,
mi alma en tus manos, mi fe en tu estrella.
Y cuando este Domingo se vuelva recuerdo,
que quede en el alma tu luz y tu verbo.**

**¡Oh, Flagelado, divino y sagrado!
Tu cuerpo llagado, tu amor redentor,
en tu sacrificio nos diste la vida,
en tu sufrimiento nos diste el perdón.**

**Y así, Estrella, tu pueblo te aclama,
te reza, te llora, te quiere y te llama,
y en este pregón que te ofrezco rendido,
te entrego mi alma, mi fe y mi sentido**

**¡Brilla en los cielos, brilla en la historia!
¡Brilla en La Línea con luz inmortal!
¡Eres la Reina, la Estrella, la Gloria!
¡Eres la Madre del Dios celestial!**

He dicho.